

niendo en ello, señaló para escolta cuatro soldados de los presidios y dos de las misiones inmediatas á ellos, San Carlos y San Diego; y el venerable fray Junipero nombró para misioneros de ella á dos de los que habíamos subido de la California antigua, de cuya determinacion dieron cuenta á su excelencia, quien á mas de aprobarla quedó complacido de ella, segun lo manifiesta en las expresiones de su siguiente carta:

"Después de los acuerdos tenidos con el comandante de estos establecimientos don Fernando Rivera y Moncada, que vuestra reverencia refiere en carta de 17 de agosto del año próximo antecedente, me da vuestra reverencia la gustosa noticia de quedar resuelta, además de las dos misiones del puerto de San Francisco, otra con el título de San Juan Capistrano, entre San Diego y San Gabriel, para la cual quedaban nombrados los padres fray Fermín Francisco Lazuen y fray Gregorio Amurrio, á quienes se dió la escolta necesaria y franqueó cuanto contiene la memoria de que vuestra reverencia me saca copia.

"Todas estas noticias acrecentan mi gusto y hacen patente el infatigable desvelo con que vuestra reverencia se dedica á la felicidad de esos establecimientos. Dios protege visiblemente tan buen servicio y las intenciones con que el rey eroga estos gastos, pues al paso que se aumentan las misiones y crece el número de neófitos, va la tierra dispensándoles copiosas cosechas de frutos para su alimento, y serán mayores las sucesivas, segun lo que vuestra reverencia manifiesta en su citada carta, con la que quedo muy complacido.

"Dios guarde, etc."

Luego que se resolvió hacer la nueva fundacion, salieron de Monterey los dos misioneros nombrados con los avíos y escolta que se destinó, y llegados á la mision de San Gabriel quedó en ella el padre fray Gregorio Amurrio, con el fin de disponer lo demás para estar pronto al primer aviso, y el padre fray Fermín Lazuen pasó á San Diego para salir con el teniente comandante de aquel presidio, á hacer el registro, y habiéndolo verificado y hallado sitio á propósito para el establecimiento, se regresaron al presidio á disponer todo lo necesario para pasar de una vez á establecerse.

Salieron de San Diego á fines de octubre el citado padre Lazuen, el teniente, sargento y soldados necesarios, y llegando al sitio formaron una enramada y una grande cruz, que bendita y adorada de todos enarbolaron, y en el altar que se dispuso dijo el padre Lazuen la primera misa. El día 30 de octubre, octava de san Juan Capistrano, patrono de la nueva mision, concurrieron muchos gentiles, manifestando alegrarse mucho con la nueva vecindad, pues muy officiosos ayudaron á cortar madera y acarrearla para la fábrica de capilla y casa.

Cuando estaban en estas faenas parando ya los palos para la fábrica, llegó á los ocho dias de principiada la mision el padre fray Gregorio Amurrio con todos los avíos, que por el aviso que le enviaron, salió de San Gabriel; y cuando muy alegres pensaban prontamente poner en corriente la mision por la alegría que veian en los naturales de aquel lugar, les llegó el mismo día un correo de San Diego con la triste noticia de haber los gentiles pegado fuego á la mision y quitado la vida á uno de sus ministros. Luego que recibió el teniente la noticia, subió á caballo, y lo mismo el sargento y parte de los soldados, y á toda prisa se puso en el presidio de San Diego; y habiendo suplicado á los padres hiciesen lo mismo con parte de los soldados que dejó para este fin, pararon la fábrica, enterraron las campanas, y con todo lo demás de carga se encaminaron para el presidio de San Diego, en donde hallaron la novedad que referiré en el capítulo siguiente, que es segun y como lo escribieron los padres, y conforme á las declaraciones que hicieron los indios, así cristianos como gentiles, ante el comandante del presidio.

CAPITULO XL.

MUERTE DEL VENERABLE PADRE FRAY LUIS JAIME, Y DE LO ACAECIDO EN SU MISION DE SAN DIEGO.

Hallábanse por el mes de noviembre del año de 1775 administrando con grande júbilo de sus almas la mision de San Diego el venerable padre lector fray Luis Jaime, hijo de la santa provincia de Mallorca, y el padre predicador fray Vicente Fuster, de la de Aragón, y cogiendo con abundancia los copiosos frutos que producía ya aquella viña del Señor encomendada por el prelado á sus reverencias; de tal suerte que con sesenta gentiles que habian bautizado el día 3 de octubre inmediato, vigilia de nuestro padre san Francisco, y los muchos que habian recibido el santo bautismo antes, se formaba un numeroso pueblo, el cual habian mudado el año anterior á la Cañada del río ó arroyo que vacía en aquel puerto, por ofrecer el terreno, que dista como dos leguas del presidio, mayores ventajas para el logro de sementeras y cosechas de trigo y maíz para la manutencion de los neófitos, quienes desde luego demostraban hallarse muy gustosos.

Al paso que los padres y los cristianos nuevos se hallaban con tanta alegría y sosiego, era mayor la rabia del enemigo capital de las almas, no pudiendo sufrir con su infernal furor el ver que por las inmediaciones del puerto se le iba acabando su partido de la gentilidad por los muchos que se reducian á nuestra verdadera religion por medio del ardiente celo de aquellos ministros; y reparando en que se iban á poner otros entre San Diego y San Gabriel que desde luego harian

lo mismo con aquellos gentiles, de que él estaba apoderado, desmereciendo por esta causa su partido, arbitró para atajar el daño que se le seguía, no solo impedir la nueva fundacion, sino tambien aniquilar la de San Diego, que habia sido la primera de estos establecimientos, y vengarse de los ministros.

Para conseguir estos diabólicos intentos se valió de dos neófitos de los anteriormente bautizados, que después de la fiesta de nuestro padre san Francisco, salieron á pasear por las rancherías de la Sierra, influyéndoles á que publicasen entre los gentiles de aquellos territorios la noticia de que los padres querian acabar con toda la gentilidad haciéndolos cristianos por fuerza, para lo cual daban por prueba los muchos que en un día habian bautizado. Quedaban los que lo oian suspensos, creyéndolo unos y dudándolo otros, los cuales decian que los padres á nadie hacian fuerza, y que si aquellos se habian bautizado era porque ellos habian querido. Pero la mayor parte daba crédito al dicho de los dos apóstatas; y teniéndolos el enemigo así dispuestos, les engendró la pasion de ira contra los padres, de que resultó el cruel intento de quitarles la vida, como tambien á los soldados que los resguardaban, y pegar fuego á la mision para acabar con todo. Apenas se hablaba por aquellos contornos de otra cosa; convidándose unos á otros para el hecho, aunque muchos de las rancherías no convinieron diciendo que ni los padres les habian hecho daño, ni hacian fuerza á ninguno para que se hiciese cristiano.

Nada de esto se sabia en San Diego, ni se recelaba de lo mas mínimo, porque habiendo echado de ver la falta de los citados dos neófitos, que salieron sin licencia, y habiendo salido el sargento con soldados en busca de ellos, no los pudieron encontrar, y solo adquirieron la noticia de que se habian internado mucho por la Sierra que guia al río Colorado; y en ninguna de cuantas rancherías transitaron con este fin, advirtieron la menor novedad ni indicio alguno de guerra; pero el hecho manifestó el intento que tenian y el sigilo con que se manejaban.

Convocáronse mas de mil indios, muchos de ellos entre sí no conocidos ni jamás vistos, sino convidados de otros muchos de ellos, los cuales pactaron el dividirse en otros dos trozos para caer uno á la mision y otro al presidio, convenidos en que luego que estos últimos viesan arder la mision prendiesen fuego al presidio y matasen á toda la gente, y que los destinados para la mision harian lo mismo. Así pactados y bien armados de flechas y macanas, se encaminaron á poner en ejecucion su depravado designio.

Llegaron á la cañada del río de San Diego la noche del día 4 de noviembre, y se dividieron caminando la mitad de ellos para el presidio los destinados á él; llegaron sin ser sentidos á las casas de los neófitos de la mision, y se pusieron

en cada uno de ellos unos gentiles armados para no dejarlos salir ni gritar, amenazándoles de muerte, y se fué el mayor golpe de ellos á la iglesia y sacristía á hurtar las ropas, ornamentos y demás que quisieron; y otros con tizones de la lumbrada que tenian en el cuartel los soldados, que se reducian á tres y un cabo, que segun parece estaban todos durmiendo, empezaron á pegar fuego al cuartel y á todas las piczas: con esto y los funestos alaridos de los gentiles dispersaron todos.

Pusiéronse los soldados á la arma cuando ya los indios habian empezado á descargar flechas; los padres dormian en distintos cuartos: salió el padre fray Vicente, y viendo el incendio se encaminó para donde estaban los soldados, como tambien dos muchachitos, hijo y sobrino del teniente comandante del presidio: en otro cuarto vivian herrero y carpintero de la mision y el carpintero del presidio que habia pasado á la mision por enfermo, llamado Urselino, digno de que se lea su nombre por el afecto tan heroico de verdadero católico que practicó, como diré luego.

El padre fray Luis, que dormia en otro cuartito, al ruido de los alaridos y del fuego salió, y viendo un gran peloton de indios, se arrimó á ellos saludándolos con la acostumbrada salutation: *amar á Dios, hijos*; y conociendo que era el padre lo agarraron como lobos á un corderito, y portóse como mudo sin abrir sus labios: llevólo para la espesura del arroyo, allí le quitaron el santo hábito, y desnudo el venerable padre, empezaron á darle golpes con las macanas, y le descargaron innumerables flechas, no saciando su furor y rabia con quitarle con tanta crueldad la vida, pues después de muerto le machacaron la cara, cabeza y demás del cuerpo, de modo que desde los piés hasta la cabeza no le quedó parte sana mas que las manos consagradas, como así se halló en el sitio donde lo mataron.

Quiso Dios preservarle las manos para manifestar á todos que no habia obrado mal para que le quitasen la vida con tanta crueldad, sino que con toda limpieza habia trabajado tanto á fin de encaminarlos á Dios y salvar sus almas, y no dudamos todos los que lo conocimos y tratamos, que gustoso y alegre daria su vida y derramaria su sangre inocente para regar aquella mística viña, que con tantos afanes habia cultivado y aumentado con tanto número de almas que bautizó: confiado en que por medio de este riego se cogieran con mas abundancia zazonados frutos, como así en breve se experimentó, viniendo después muchos á pedir el sagrado bautismo. Hasta rancherías enteras de mucho gentío y bien distantes del puerto ocurrieron á la mision pidiendo el ser bautizados, aumentándose en gran número los neófitos.

Al mismo tiempo que los gentiles con grande gritería iban llevando al venerable padre fray Luis al lugar del martirio, fueron los otros al otro

cuarto en que dormían los carpinteros y herrero, que al ruido despertaron: iba á salir el herrero con una espada en la mano y al salir del cuarto le dispararon tan cruel flechazo, que quedó muerto. Viendo esto el carpintero de la mision, cogió una escopeta cargada, la disparó y tumbó á uno de los gentiles que estaban cerca de la puerta, y retirándose asombrados y temerosos, pudo ir á juntarse con los soldados. Al otro carpintero del presidio llamado Urselino, que estaba en cama enfermo, lo flecharon, hiriéndolo de muerte, y en cuanto se sintió herido, dijo: *¡Ah indio que me has muerto! Dios te lo perdone.*

El mayor golpe de los gentiles se ocuparon en guerrear con los soldados que estaban en la casita que servía de cuartel, en cuya pieza se hallaban el padre fray Vicente Fuster, los dos muchachos arriba dichos, el carpintero que no estaba herido, y el cabo con los tres soldados; y á los gentiles en breve se les agregó toda aquella chusma de gentiles que habían ido para el presidio, que no se atrevieron á llegar, porque mucho antes de llegar á él vieron que ardía la mision; y dando por supuesto que también lo verían los del presidio y que estarían prontos á defenderse y que enviarán á la mision socorro de gente, se volvieron atrás á unirse con los que estaban en la mision; por lo que se libertó el presidio, que sin duda estarían durmiendo, pues ni vieron el grande fuego que ardía en toda la mision ni oyeron tiro de tantos que se dispararon, siendo así que se oye el tiro del alba.

En cuanto llegaron al sitio de la mision los gentiles que habían ido al presidio, que supieron habían ya matado á uno de los padres, preguntando cuál de los dos, luego que les dijeron el rezador, así llamado el padre fray Luis, celebraron con mucha alegría la noticia, y en el mismo sitio celebraron la muerte con un gran baile á su usanza bárbara, y se juntaron con los demás para acabar con el otro padre y con toda la mision. El corto número de los soldados de la mision se supo defender de tanta multitud de gentiles con gran valor por el grande que tenía el cabo de escuadra, que no cesaba de gritar, con que amedrentaba á los gentiles, y de disparar matando á unos é hiriendo á otros. Viendo los enemigos la fuerte resistencia y el estrago que hacían los nuestros, valiéronse del fuego, pegando fuego al cuartel, que era de palizada, y los nuestros por no morir asados, salieron de él con todo valor, y se mudaron á un cuartito de adobe que servía de cocina, reduciéndose toda la fabrica y resguardo á tres paredes de adobe de poco mas de una vara de alto, sin mas techo que unas ramas que tenía puestas el cocinero para resguardarse del sol. Refugiados los nuestros en dicha cocina, hacían fuego continuo, defendiéndose de tanta multitud que los molestaba por el lado que estaba descubierto sin pared, por donde les tiraban, ya flechas, ya macanas.

Viendo el daño que por aquel portillo les hacían, se animaron á ir á la casa que se estaba abrasando á traer unos fardos y cajones para ponerlos de parapeto; pero en esta faena, que lograron hacer á satisfacción para el resguardo, quedaron heridos dos de los soldados é imposibilitados por entonces á accion alguna; y solo quedó para la defensa el cabo con un soldado y carpintero. El cabo, que era de gran valor y buen tirador, mandó al soldado y carpintero que no hiciesen otra cosa que cargar y cebar escopetas, ocupándose él en solo tirar, con que mataba y hería á cuantos se le arrimaban.

Viendo los gentiles que las flechas ya no servían por el resguardo de los adobes que tenían los nuestros, pegaron fuego á las ramas que servían de techo; pero como eran pocas, no les obligó el fuego á desamparar el sitio: viéronse en peligro de que se pegase fuego á la pólvora, lo que hubiera sucedido á no tener la advertencia el padre fray Vicente de tajarla talega con las faldas del hábito, sin atender al peligro á que se exponía. Viendo los indios que el fuego del techo no los hizo salir, tiraron á obligarles á la salida, echándoles adentro tizonas encendidas y pedazos de adobe, que de uno de ellos quedó herido el padre, aunque por entonces no lo sintió mucho, pero sí después, aunque no fué cosa de cuidado. Así estuvieron peleando hasta la aurora, que su hermosa luz ahuyentó á los gentiles, que recelosos viniese gente del presidio, se marcharon llevándose los muertos y heridos, que no se supo sino en general que habían sido muchos, segun las declaraciones que se tomaron.

En cuanto amaneció el día 5 de noviembre, que desapareció la gran multitud de gentiles, salieron de sus casitas los neófitos y fueron luego á ver al padre, que estaba en el fuerte de la cocina con el cabo y tres soldados, todos heridos, y el cabo aunque herido no quiso decir que lo estaba, para que no descaeciesen los demás. Los indios cristianos llorando refrieron al padre cómo los gentiles no los dejaron salir de sus casas, ni gritar, amenazándoles de muerte si se meneaban. Preguntóles por el padre fray Luis, que toda la noche lo había tenido con cuidado por no haber sabido de él, aunque los soldados lo consolaban diciéndole que se habría metido dentro del sauzal: mandó á los indios lo buscasen, y despachó á un indio californio á avisar al presidio, y á los neófitos mandó apagar el fuego de la troje para lograr algo del bastimento.

Hallaron los indios en el arroyo á su venerable padre fray Luis ya muerto, y tan desfigurado que apenas lo conocieron. Cargarónlo y llevaron con grande llanto para donde estaba el padre fray Vicente, quien al oír el llanto de los indios, le dió en el corazon lo que había sucedido á su compañero: fué luego el padre hacía ellos y le pusieron á la vista á su amado compañero muerto y tan desfigurado que segun escribió al

reverendo padre presidente, estaba tan herido su cuerpo, que no tenía mas parte sana que las consagradas manos; pero que todo lo demás del cuerpo estaba golpeado y flechado, y la cara aplastada de los golpes de macana (porras de madera) ó de alguna piedra, y ensangrentado de piés á cabeza; que solo conoció ser su cuerpo por la blancura, que en pocas partes estaba sin sangre, que era el único vestido que cubría su cuerpo. Al ver el padre fray Vicente aquel espectáculo, quedó fuera de sí, hasta que el llanto de los neófitos, que tan de corazon amaban á su difunto padre, le hizo prorumpir en lágrimas.

En cuanto el padre fray Vicente aquel lugar al padre fray Vicente para deliberar, dispuso se hiciesen unos tapestes para llevar á los dos difuntos cuerpos del venerable padre fray Luis y al herero José Romero, y á los heridos, que fueron el cabo y los tres soldados y el carpintero Urselino. En cuanto recibieron la noticia en el presidio, se pusieron en camino para la mision, y con este auxilio se mudaron todos llevando en procesion á los difuntos para el presidio, dejando en la mision algunos neófitos para que apagasen la lumbrera de la troje. Llegados al presidio se dió sepultura á los difuntos en la capilla del presidio y dieron mano á curar los heridos, que todos sanaron menos el carpintero Urselino, que murió el quinto día. Este tuvo tiempo para prepararse y disponer sus cosas: tenía de su sueldo de algunos años que había servido bastante alcance en el real almacén; y no teniendo heredero forzoso, hizo testamento y dejó por herederos á los mismos indios que le quitaron la vida; accion tan ejemplar y heroica de verdadero discípulo de Jesucristo. Recibidos todos los santos sacramentos, entregó su alma al Criador.

El cabo que había quedado mandando el presidio, despachó aviso al teniente, que se hallaba en la fundacion de San Juan Capistrano, quien luego que tuvo la noticia de lo acaecido se puso en camino para San Diego, y tras de él los padres. En cuanto estos llegaron al presidio, hicieron las honras al venerable padre difunto, y resolvieron mantenerse en el presidio hasta nueva orden del venerable padre presidente, á quien escribieron todo lo que queda expresado, que he sacado de las mismas cartas. Igualmente con acuerdo del comandante del presidio determinaron que los neófitos se mudasen arrimados al presidio por de pronto para evitar el peligro de que volviesen á darles los gentiles: asimismo mudaron el poco de maíz y trigo que libertaron del fuego; quedando todo lo demás de la iglesia y casa consumido por el fuego, salvo la ropa y alhajas que hurtaron.

El comandante del presidio dió luego sus providencias despachando partidas de soldados por las rancherías de los gentiles á explorar si se percibía otro atentado, como también de indagar los que habían concurrido: llevaron presos á mu-

chos para las averiguaciones, y hallando que no amenazaba asalto al presidio, despachó correo á Monterey.

CAPITULO XLI.

LLEGA Á MONTEREY LA FUNESTA NOTICIA DE SAN DIEGO, Y LO QUE EN SU VISTA SE PRACTICÓ.

Llegó á Monterey el correo de San Diego con la noticia del martirio del venerable padre fray Luis Jaime y del incendio de la mision, y en cuanto el comandante Rivera recibió las cartas, que fué á entrada de noche del día 13 de diciembre, enterado de lo sucedido, fué en persona á la mision de San Carlos, en donde me hallaba, á dar la noticia y las cartas de los padres que se hallaban en San Diego al reverendo padre presidente, quien en cuanto oyó la novedad prorumpió en estas palabras: *Gracias á Dios ya se regó aquella tierra; ahora sí se conseguirá la reduccion de los dieguinos.* Mañana, prosiguió su reverencia, haremos las honras al difunto padre: conviéndole á usted y á la gente del presidio; á lo que respondió no podía asistir porque iba á disponer su salida para San Diego; y diciéndole el padre que también él intentaba bajar á San Diego, le respondió que no podía ser el bajar juntos, por la mucha prisa que llevaba, por lo que importaba su presencia cuanto antes en San Diego para la seguridad de aquel presidio, hacer averiguaciones y dar cuenta á su excelencia, que en breve saldría otra partida de soldados para San Diego, y que con ellos podría bajar mas espacio su reverencia. Con esto se despidió y retiró para el presidio.

El siguiente día dispuso el venerable padre presidente hacer las honras al difunto padre, las que hicimos con vigilia y misa cantada con asistencia de seis sacerdotes, el venerable padre presidente con su padre compañero y los cuatro que estábamos para las fundaciones de este puerto de nuestro padre San Francisco, á las que asistieron todos los neófitos de la mision y la tropa de la escolta: aunque al juicio de todos los que conocimos al venerable padre difunto, que lo tratamos y experimentamos su religioso porte y fervoroso celo de la salvacion de las almas, no necesitaria que rogásemos á Dios, sino que mejor podríamos pedirle rogase á Dios por nosotros, pues piamente creíamos que su alma iría en derechura á recibir la corona de la gloria que tenía merecida por sus virtudes y laboriosa vida, anhelando por la conversion de todo aquel gentilismo. No obstante, por ser inexcrutables los juicios de Dios, dispuso el venerable padre presidente que le aplicase cada uno de los misioneros las veinte misas del concordato hecho por los misioneros de estas conquistas.

Ya que veía el venerable prelado que no podía prontamente bajar á San Diego, escribió á los

padres lo que debían practicar mientras bajaba su reverencia. Escribió al reverendo padre guardian dándole noticia de lo sucedido con las mismas cartas que recibió de los padres de San Juan Capistrano y de la de San Diego que quedó con vida. Asimismo escribió al excelentísimo señor virey comunicándole la noticia, añadiéndole que no por lo sucedido descaecian de ánimo los misioneros; antes bien los animaba envidiando la dichosa muerte que había logrado el dichoso venerable hermano y compañero el padre fray Luis Jaime.

Que solo sentía su reverencia las resultas de dicho acaecimiento, así de los castigos que tal vez se intentarían con los pobres é ignorantes indios que hubiesen concurrido al hecho, como también el que se dilatase el volver á poner la misión de San Diego en el propio sitio, é igualmente sentiría se difiriese la fundación de San Juan Capistrano; pero que esperaba de su experimentada clemencia que usaría de misericordia con los indios dieguinos que hubiesen concurrido á la muerte del difunto padre, que no dudaba fuese influjo del infernal enemigo y por falta de conocimiento; que juzgaba conduciría mucho el usar de misericordia para atraerlos á nuestra religión católica, tan piadosa y benigna.

Y que igualmente confiaba en el fervoroso y católico celo de su excelencia, que tomaría con más fervor la reedificación de la incendiada misión y la fundación de la de San Capistrano, para que el enemigo no saliese con sus infernales intentos. Que lo dicho se podría conseguir y evitar semejantes atrasos, aumentando las escoltas de las misiones; que viendo los indios más fuerzas para la defensa, se contendrían y se conseguiría con toda paz el intentado fin de su reducción y eterna salvación de sus almas. Estas cartas remitió su reverencia al presidio, suplicando al comandante que desde San Diego las despachase con sus pliegos á Méjico, interin lo graba el bajar á San Diego, que mucho lo deseaba.

Salió de Monterey el comandante Rivera con tropa el día 16 de diciembre, visitando de paso las dos misiones de San Antonio y San Luis; y aunque en ellas no halló novedad en los indios, añadió en cada una un soldado más de escolta por lo que podía suceder; y siguiendo su viaje llegó á la de San Gabriel día 3 de enero de 1776.

Quiso nuestro Dios y Señor de los ejércitos, que el día siguiente 4 de enero llegase á aquella misión el teniente coronel don Juan Bautista de Anza, que venía de Sonora de orden de su excelencia, cruzando el río Colorado, conduciendo la tropa y familias para poblar el puerto de nuestro padre San Francisco, de que hablaré después, con cuya llegada se vió el comandante Rivera con el socorro de cuarenta soldados con un oficial teniente capitán, y el comandante de la expedición

del señor Anza. Trataron los dos comandantes de lo sucedido en San Diego, y resolvieron de pasar ambos con la tropa, dejando en San Gabriel el teniente con algunos soldados y todos los pobladores agregados y arrieros con las recuas, á San Diego á pacificar y á prender las cabecillas. Así lo practicaron, y desde allí dieron cuenta á su excelencia, con cuyos pliegos fueron las cartas del venerable padre presidente. Y viendo que no había necesidad de la tropa, determinaron los comandantes el que siguiese la expedición para Monterey, y que solo quedasen doce soldados de los venidos de Sonora, para subir después con el comandante Rivera, y con todos los demás soldados se volvió el señor Anza para San Gabriel, y de allí subió para Monterey, como diré con más extensión en su lugar. Interin paso á referir, adelantando la noticia por el hilo de la historia, las eficaces providencias que dió el excelentísimo señor virey en cuanto recibió la noticia de lo acaecido en San Diego.

En cuanto su excelencia recibió las cartas de los comandantes, que le escribieron de San Diego lo sucedido en la misión y obrado por ellos, echó menos la carta del reverendo padre presidente; pero lo atribuía á la distancia de ciento setenta leguas que se hallaba su reverencia de San Diego, de donde salió el correo, aunque después vió no había sido la causa sino el haberse adelantado unos días á la carta del venerable padre presidente, que tenía la fecha dos meses antes que las de los comandantes; pero no obstante que dicho excelentísimo señor no había recibido dicha carta, le escribió una consolatoria con la noticia de las providencias que tenía dadas, de cuya original saco esta

COPIA.

“No puedo expresar á vuestra reverencia el sentimiento con que me dejan los tristes sucesos de la misión de San Diego, y la trágica muerte del padre maestro fray Luis Jaime, de que me han dado cuenta desde aquel presidio el comandante D. Fernando Rivera y Moncada, y el teniente coronel D. Juan Bautista de Anza, los cuales hubieran sido mayores acaso, á no haber acaecido la oportuna llegada á San Gabriel de este oficial con las familias destinadas para Monterey.

“Las disposiciones que estos oficiales dieron entonces así para el seguro de San Diego, como para la de San Gabriel y San Luis fueron prudentes, y las que debían dictarse con respecto á los daños futuros, y así se lo manifestó al comandante Moncada. Este me da noticia de la aprehensión de algunos de los sindicados en la maldad, y me hace confiar de volverlo á dejar todo pacífico con el escarmiento de los más agresores, de que ya había cogido alguno. Yo lo espero así; pero como

“este atentado me hace conocer lo poco que puede fiarse de los indios catequizados, cuanto más de los gentiles, cuando unos y otros se unen á cometer daños; he dado orden á D. Felipe Neve, gobernador de la península, reclute en ella, si fuere posible, veinticinco hombres que pide D. Fernando de Rivera para reforzar las tropas de su cargo, que los remita luego armados.

“El arribo de los paquebotes el Príncipe y San Carlos, que navegan á esos destinos desde el día 10 de este mes, no podrán menos que contribuir al sosiego y tranquilidad de los naturales, al paso que faciliten la ocupación del puerto de San Francisco; y como de ellos querrán acaso quedarse algunos individuos con plazas de soldados, he dispuesto también se les asiente con destino á reforzar el presidio de San Diego; y para que no lo impidan los respectivos comandantes, acompaño á don Fernando Rivera carta credencial, en cuya vista se presentarán con gusto ambos oficiales á este servicio.

“Además de lo dicho, debe el comisario de San Blas don Francisco Hiosa hacer diligencia en aquellas inmediaciones de otras reclutas, y si los consigue, han de remitirse habilitados de armas y lo necesario al citado señor gobernador Neve en la misma lancha que lleva estos pliegos para que por sí disponga los auxilios que le prevengo.

“Yo no me olvido sin embargo de otros que se presenten oportunos, y quedo en dar al efecto cuantas disposiciones convengan; y en este supuesto espero que vuestra reverencia, ofreciendo á Dios la desgracia, en nada altere su apostólico celo, antes bien confíe de ver mejorada por ella la constitución de estos establecimientos, á que no dudo contribuirá vuestra reverencia animando á los demás padres á no temer los riesgos con presencia de la tropa que se aumenta.—Dios guarde á vuestra reverencia muchos años.—Méjico, 26 de marzo de 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Reverendo padre fray Junípero Serra.”

A los ocho días de haber escrito su excelencia la antecedente carta, recibió la del reverendo padre presidente, que dije al principio, le sirvió de gran consuelo á su excelencia, y luego le respondió concediéndole cuanto pedía, como se ve en el contenido que dice:

COPIA DE LA CARTA DEL SEÑOR VIREY.

“En fecha de 26 de marzo anterior manifesté á vuestra reverencia, sin presencia de su carta de 15 de diciembre último, que ha entregado después el reverendo padre guardian de este colegio apostólico, el sentimiento grande que me había inferido el triste desgraciado suceso

“de la misión de San Diego, y las disposiciones que por de al pronto diéte para ocurrir al remedio posible de los daños que pudieran seguirse de no reforzar con tropa aquel presidio y misiones; y ahora con vista de ella y de las prudentes cristianas reflexiones que vuestra reverencia expone, inclinándose á que conviene más tratar de atraer los neófitos rebeldes que de castigarlos, contesto á vuestra reverencia que así lo he dispuesto, mandando en esta propia fecha al comandante don Fernando Rivera y Moncada que la practique, atendiendo á que es el medio más oportuno á la pacificación y tranquilidad de los ánimos, y acaso también á que se reduzcan los gentiles vecinos; viendo que experimentan afabilidad y buen trato, cuando por su exceso no dudarán ver el castigo y la desolación de sus rancherías.

“Prevengo también á ese jefe que el principal objeto del día, es el restablecimiento de la misión de San Diego y la nueva fundación de San Juan Capistrano; aquella en su propio paraje de su situación, y esta en el que se había ya proyectado antes del indicado suceso; en el concepto de que los veinticinco hombres mandados reclutar en la antigua California con destino á la mejor custodia de aquellos establecimientos, deben servir para refuerzo del presidio y para que según lo gradúe oportuno en la actual constitución, ponga competente escolta en las dos citadas misiones de San Diego y San Capistrano, interin que restituido el teniente coronel don Juan Bautista de Anza y que me lleguen nuevos avisos, se dan las demás disposiciones convenientes.

“De todo lo cual hago participe á vuestra reverencia para satisfacción y consuelo, esperando que á impulsos del apostólico celo que le anima por el bien de esas reducciones, contribuirá vuestra reverencia á hacer efectivas mis providencias, seguro de que estoy dispuesto á franquear por mi parte cuantos auxilios sean posibles, porque hasta ahora se han continuado en esas distancias con tanto fruto y ventajas. Dios guarde á vuestra reverencia muchos años.—Méjico 3 de abril de 1776.—El bailío frey don Antonio Bucareli y Ursúa.—Padre fray Junípero Serra.”

Si estas dos cartas las hubiese recibido el venerable padre Junípero luego de escritas, no habría tenido tanto que padecer, como veremos en el siguiente capítulo, pues la mucha distancia é indispensable demora le sirvieron de un prolongado é incruento martirio.

